

Cornelia Funke



El jinete
del dragón

Con ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
Rosa Pilar Blanco

 Siruela

Biblioteca Funke



Índice

1. Malas noticias 13
2. Reunión en medio de la lluvia 18
3. Consejos y advertencias 29
4. La gran ciudad y el pequeño humano 34
5. La rata de barco 40
6. El fuego del dragón 55
7. Esperando a la oscuridad 63
8. Perdidos en el aire 69
9. Ortiga Abrasadora, el dragón dorado 82
10. El espía 91
11. La tormenta 99
12. Capturada 108
13. El basilisco 120
14. El relato del profesor Wiesengrund 131
15. El segundo informe de Pata de Mosca 145
16. Siempre hacia el sur 158
17. El cuervo 169

18. Barnabas Wiesenrund recibe visita 175
19. La señal indicadora 185
20. La sima del djin 195
21. Pata de Mosca toma una decisión 204
22. Desaparece la luna 209
23. La piedra 223
24. La cólera de Ortiga Abrasadora 230
25. En el delta del Indo 237
26. Un reencuentro sorprendente 240
27. El dragón 252
28. En la tumba del jinete del dragón 260
29. Pata de Mosca, el traidor 271
30. Ortiga Abrasadora se entera de todo 281
31. El regreso del jinete del dragón 286
32. Un cúmulo de mentiras 294
33. Frente a frente 301
34. Raptado 306
35. En el nido del ave gigante 313
36. El rastro perdido 320
37. Un fuego antiguo 325



38. El monasterio 336
39. El informe de la rata 347
40. Trabajo para Barba de Guijo 352
41. Burr-Burr-Chan 355
42. Despedida y partida 363
43. Los perseguidores 372
44. La Orilla del Cielo 375
45. El Ojo de la Luna 384
46. La cueva de los dragones 391
47. Que no 401
48. Atrapado 403
49. El plan 410
50. El espía engañado 418
51. Atuendo de caza 423
52. El fin de Ortiga Abrasadora 429
53. La petición del enano 439
54. Despierta un dragón 448
55. Y ahora, ¿qué? 453
56. El regreso 457
57. Buenas noticias 467





Para Uwe Weitendorf

1 Malas noticias



Nada se movía en el valle de los dragones. La niebla ascendía desde el mar cercano y quedaba suspendida entre las montañas. Los pájaros gorjeaban con timidez en medio del vaho húmedo, y el sol se ocul-

taba detrás de las nubes.

Una rata bajaba veloz por la ladera. Cayó al suelo, rodó por las rocas musgosas y volvió a levantarse.

—¿No lo dije? —renegaba entre dientes—. ¿No se lo dije a ellos?

Levantó la nariz afilada para olfatear, aguzó el oído y corrió hacia un grupo de abetos torcidos situados al pie de la montaña más alta.

—Antes del invierno —murmuraba la rata—. Me lo olí ya antes del invierno, pero no, ellos se negaron a creerlo. Aquí se sienten seguros. ¡Seguros! ¡Bah!

Bajo los abetos estaba oscuro, tan oscuro que apenas se veía la ensenada que se abría en el flanco de la montaña. Se tragaba la niebla como una boca.

—No saben nada —refunfuñaba la rata—. Ese es el problema. Que no saben nada del mundo. Nada, lo que se dice nada.

Tras echar un vistazo cauteloso a su alrededor, desapareció en la hendidura, que albergaba una enorme cueva. La rata entró deprisa, pero no llegó muy lejos. Alguien agarró su cola, levantándola en el aire.

—Hola, Rata. ¿Qué haces aquí?

Rata lanzó una dentellada hacia los dedos peludos que la sujetaban, pero lo único que atrapó fueron unos cuantos pelos de duende. Los escupió furiosa.

—¡Piel de Azufre! —rugió—. ¡Suéltame ahora mismo, comesetas, cabezahueca! No tengo tiempo para chistes de duendes.

—¿Que no tienes tiempo? —Piel de Azufre depositó a Rata sobre su pata. Todavía era una duendecilla joven, del tamaño de un niño, piel moteada y claros ojos de gato—. ¿Se puede saber por qué, Rata? ¿Qué es eso tan importante que te traes entre manos? ¿Necesitas acaso un dragón que te proteja de gatos hambrientos?

—¡No se trata de gatos! —siseó, iracunda, Rata.

No le gustaban los duendes. Los dragones, sin embargo, sentían afecto por esas caras peludas. Cuando no podían conciliar el sueño, escuchaban sus extrañas cancioncillas. Y cuando estaban tristes, nadie los consolaban mejor que uno de esos duendes descarados y haraganes.

—Para que te enteres, tengo malas noticias, muy malas —respondió Rata con voz gangosa—. Pero solo se las contaré a Lung, no a ti.

—¿Malas noticias? ¡Puaj, moho y putrefacción! ¿Qué noticias son esas? —Piel de Azufre se rascó la barriga.

—¡Bájame-al-suelo! —gruñó Rata.

—Vale. —Piel de Azufre suspiró y dejó que Rata saltase al suelo rocoso—. Pero él duerme todavía.

—¡Entonces lo despertaré! —bufó Rata y se adentró más

en la cueva, hasta el lugar donde ardía un fuego azul que alejaba la oscuridad y la humedad del vientre de la montaña.

Detrás de las llamas dormía el dragón. Se había enrollado, colocando la cabeza sobre las zarpas. Su cola, larga y dentada, se enroscaba alrededor del cálido fuego. Las llamas hacían relucir sus escamas y proyectaban su sombra contra la pared de la cueva. Rata caminó con presteza hacia el dragón, trepó a su zarpa y le tiró de la oreja.

—¡Lung! —gritó—. ¡Despierta, Lung! ¡Ya vienen!

Adormilado, el dragón levantó la cabeza y abrió los ojos.

—¡Ah, eres tú, Rata! —murmuró. Su voz sonaba un poquito ronca—. ¿Se ha puesto ya el sol?

—¡No, pero tienes que levantarte! ¡Tienes que despertar a los demás! —Rata saltó de la pata de Lung y caminó nerviosa de un lado a otro ante él—. Os lo advertí. Pero no quisisteis escucharme.

—¿De qué habla? —El dragón miró inquisitivo a Piel de Azufre, que, sentada junto al fuego, mordisqueaba una raíz.

—¡Ni idea! —Piel de Azufre chasqueó la lengua—. Lleva un buen rato diciendo disparates. Y es que no cabe esperar mucho juicio de una cabeza tan pequeña.

—¿Ah, sí? —resopló Rata furiosa—. Esta, esta...

—¡No le hagas caso, Rata! —Lung se levantó, estiró el largo cuello y se desperezó—. Está de mal humor porque tiene la piel húmeda a causa de la niebla.

—¡Qué va! —Rata dirigió una mirada venenosa a Piel de Azufre—. Los duendes siempre están de mal humor. Llevo pateando desde el amanecer para prevenirlos. ¿Y cómo me lo agradecéis? —Su pelo gris se erizó de furia—. ¡Obligándome a escuchar sus peludas sandeces!

—¿Prevenirnos? ¿De qué? —Piel de Azufre arrojó contra la pared de la cueva el resto roído de su raíz—. ¡Trufas y

rebozuelos! ¡Como sigas teniéndonos sobre ascuas, te haré un nudo en el rabo!

—¡Piel de Azufre! —Lung, irritado, golpeó el fuego con la zarpa.

Chispas azules volaron sobre la piel de la duende, donde se apagaron como diminutas estrellas fugaces.

—¡Vale, vale, de acuerdo! —gruñó ella—. Pero la verdad es que esta rata es capaz de volverte loca con su eterna palabrería.

—¿Ah, sí? ¡Entonces escuchadme de una vez! —La rata se irguió cuan alta era y, con las patas en jarras, enseñó los dientes—. ¡Viiiieenen los humanos! —bufó en tono tan estridente, que su voz retumbó en las paredes de la cueva—. ¡Vienen los humanos! ¿Sabes lo que significa eso, duende revuelvehojas, comesetas, cabeza hirsuta? ¡Vienen hacia aquíiii!

De repente se hizo un silencio sepulcral.

Piel de Azufre y Lung se quedaron petrificados. Solo Rata seguía temblando de ira. Le temblaban los pelos del bigote y su rabo se estremecía sobre el suelo de la cueva.

Lung fue el primero en recuperar el movimiento.

—¿Los humanos? —preguntó, agachando el cuello y tendiendo su zarpa a Rata.

Con gesto ofendido, esta se subió despacito encima. Lung la alzó hasta sus ojos.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Por completo —respondió la rata.

Lung agachó la cabeza.

—Tenía que suceder —dijo en voz baja—, ya están en todas partes. Creo que cada vez serán más.

Piel de Azufre seguía aún como atontada. De repente, se levantó de un salto y escupió al fuego.

—¡Imposible! —exclamó—. Aquí no hay nada que ellos deseen. ¡Lo que se dice nada!

—¡Bah! —La rata se reclinó tanto hacia atrás, que a punto estuvo de caerse de la zarpa de Lung—. No digas disparates. Tú misma has estado ya con los hombres. No hay nada que ellos no deseen. No hay nada que no ansíen tener. ¿Es que ya lo has olvidado?

—¡Vale, vale, está bien! —gruñó Piel de Azufre—. Tienes razón. Son codiciosos. Lo quieren todo para ellos.

—¡Sí, exacto! —asintió la rata—. Y yo os digo que vienen hacia aquí.

El fuego del dragón vibró. Las llamas disminuyeron hasta que la oscuridad las devoró como si fuese un animal negro. Solo una cosa extinguió tan deprisa el fuego de Lung: la tristeza. El dragón exhaló un suave soplo sobre el suelo rocoso y las llamas volvieron a avivarse.

—En verdad, malas novedades son esas, Rata —reconoció Lung.

Hizo subir a Rata de un salto a su hombro y se dirigió despacio hacia la salida de la cueva.

—Vamos, Piel de Azufre —dijo—. Tenemos que despertar a los demás.

—¡Menuda alegría se llevarán! —gruñó Piel de Azufre, y, tras alisarse la piel, siguió a Lung hasta el exterior, perdiéndose entre la niebla.